

Biblioteca-Films

NÚM.
377

El Capitán Drumond

25
CTS.



Ronald
Colman

Joan
Bennet

DEL RUTH, Ray



BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

VALENCIA, 284 - APARTADO 707

Sdad. Gral. Española de Librería Barberá, 16

BARCELONA

AÑO VII APARECE LOS MARTES

Nº 377

(BULLDOG DRUMMOND, 1929)

El Capitán Drummond

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por el simpático artista de la pantalla

RONALD COLMAN

ARTISTAS ASOCIADOS



Rambla Cataluña, 62 Barcelona

REPARTO:

Hugo Drummond RONALD COLMAN
Florencia Benton Joan Bennet

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

En Londres, urbe estrepitosa, en uno de sus barrios aristocráticos, hallábase un rincón recoleto, en cierto club de solterones empederados.

Desgraciadamente el camarero, al ir a servir un refresco a uno de los socios, tuvo la mala suerte de que se le cayera una eucharilla al suelo y todos se levantaron alarmados por aquéllo, que casi podía calificarse para ellos, de insolencia.

—Semejantes ruidos en este club, son una ofensa intolerable—exclamó cierto coronel retirado del servicio por sus muchos años.

—Tiene usted razón, coronel — exclamó un consocio—. ¡Llegaremos a preferir el matrimonio, si esto continúa así!

—¿Has oído Drummond?—preguntó un muchacho joven, elegantemente vestido, a su compañero que estaba cerca de él—. ¡Es la tercera eucharilla que se cae en un mes!

—¡Esto no es un club, Pólito!—le contestó

Drummond—. ¡Esto es un cementerio a media noche!!

Era el que tan rebelde se mostraba, el capitán Hugo Drummond, que añoraba como un paraíso de emociones, la vida de las trincheras. Ante aquel silencio sepulcral del club y ante la inactividad de sus socios, siguió diciendo indignado:

—Aquí no hay más que ver a los socios. ¡Más de la mitad tienen ya un pie en la sepultura!

Se levantó de su asiento y seguido de Pólito, se dirigió al bar y mientras tomaba un aperitivo, se lamentó a su amigo diciéndole:

—¡Estoy aburrido! Si no encuentro alguna aventura emocionante me volveré rabioso! !

Polito Tennisón era el eco y la sombra del capitán Drummond, y por no molestarse en nada, no se molestaba ni en tener personalidad propia, dejando a su amigo la iniciativa en todas las cosas. Pero aquella tarde se sintió ingenioso, hasta el extremo que contestó a Drummond:

—A veces se encuentran cosas interesantes en los pequeños anuncios de los periódicos. ¿Por qué no te anuncias?

Drummond se le quedó mirando, extrañado de que Polito hubiera sido capaz de tener aquella idea y al fin exclamó:

—¡No está mal, Polito! Por primera vez en

tu vida has tenido una idea. Voy a ponerla inmediatamente en práctica.

Tomó sobre y pluma y se apresuró a cursar a uno de los periódicos más populares de Londres el siguiente anuncio:

"Oficial desmovilizado, encontrando aburrida la paz, acogería con gusto cualquier clase de avnturas, por arriesgadas que fuesen. Dirigirse a: Apartado X. 10."

Al día siguiente, por la noche Drummond encontró en su casa, al llegar, acompañado, como de costumbre, por Polito, una carta que decía así:

"Sr. Anunciante X. 10. Times.

Si de veras busca usted aventuras arriesgadas, venga esta noche a las doce a la posada de Green Bay, en la carretera de Londres. He dado orden de que le reserven a usted la habitación a nombre de Juan Smith. No me deje desamparada, pues estoy en gran peligro.

Florencia Benton."

—¡Es mucho más de lo que yo deseaba!— exclamó alegremente Drummond. ¡Una joven y en peligro!! ¡He aquí una aventura tentadora!

Miró el reloj y exclamó:

—¡Es esta noche y a las doce!... ¡No tengo más que el tiempo justo, para cambiarme de ropa!

—Piensa Drummond—le aconsejó Polito— que lo que quiere esa mujer es comprometerte y en seguida casarse contigo.

Drummond se echó a reír de la idea de su amigo y dirigiéndose a su criado le dijo:

—Prepárame la maleta, Daniel. No se te olvide el revólver.

—Ya que te decides—exclamó heroicamente Polito—, Yo te acompañaré.

—No—respondió Drummond—. No acepto tu compañía, Palito. Soy yo el que se aburre.

Y mientras se dirigía a sus habitaciones para cambiarse de traje exclamó elegrentemente:

—¡Florencia!... ¡La veo entrar ya en la posada de Green—. Bay, bella... sombría... dramática!

Al cabo de algunos segundos se hallaba dispuesto para emprender aquella misteriosa aventura y subió a su coche y partió hacia la posada de Green-Bay.

Cuando entró en ella encontró a una joven, que apenas lo vió le preguntó:

—¿Es usted tal vez, el señor Smith?

—Sí—respondió el capitán—. El mismo.

—Pues suba conmigo—siguió diciéndole la graciosa muchacha.

Cuando llegaron al piso superior la joven le indicó las habitaciones que les habían sido reservadas y con picarescia malicia le dijo:

—Estas son las mejores habitaciones que

tenemos, señor... Las que se dan a los recién casados... Camas gemelas...

—Pues deshaga usted una — le respondió Drummond, para darle a comprender que no iba allí a los q ue la joven se figuraba.

Esta extrañada ante aquella orden, no se atrevió a discutirla y deshizo una de las camas. Terminada su tarea salió del cuarto dejando a Drummond esperando a la joven desconocida que había solicitado su auxilio,

SEGUNDA PARTE

Para hacer menos larga la espera llenó un vaso de licor y cuando fué a beberlo brindó jocosamente:

—¡Por ti, Florencia, bella... sombría... dramática!

Sintió ruido en la puerta y se apresuró a abrir, creyendo que se trataba de la joven en cuestión, pero en vez de ella se dió de nari-



—¡Es mucho más de lo que yo deseaba!

ces con su amigo Polito y con Daniel. Drummond no pudo ocultar su malhumor y le dijo:

—¡Eres un asno y un importuno, Polito!

—No lo creas, Drummond — respondió el muchacho—. He juzgado prudente venir, querido... por si necesitabas ayuda

—La ayuda mejor que puedes prestarme— siguió diciéndole el capitán—s largarte con viento fresco.

Fueron a salir, pero en aquél momento unos golpecitos discretos obligó a Drummond a en-

cerrarlos en la habitación de al lado, mientras él corría a abrir la puerta.

Florencia Benton. Bella... sombría... dramática. Tal como se la había figurado Drummond entró rápidamente en la habitación. Su rostro cubierto por espeso velo negro impedía ver las facciones de su cara, pero la dulzura de su voz daba muestra de que aquella mujer debía ser de una belleza extraordinaria. Y en efecto, cuando se descubrió, Drummond quedó maravillado ante la belleza que tenía delante.

Ella, asustada, como un niño que ha cometido una travesura, le dijo:

—¡Vienen siguiéndome!... ¡Cierra la puerta!... ¡Corra las cortinas de la ventana!

Drummond se apresuró a cumplir el deseo de la joven y haciéndola sentar tomó él también asiento a su lado.

Los otros dos, al oír hablar en el cuarto contiguo pretendieron descubrir quién sería la misteriosa visitante, hasta que Polito, más afortunado, le dijo a su criado, señalándole la pared:

—Aquí hay un agujero, Daniel.

—Un puesto de observación — replicó el criado.

—¡Miremos y escuchemos — propuso Polito—, aunque ello no sea muy correcto,

Prestaron atención y oyeron a la joven decir:

—Yo soy Florencia Benton, señor.

—¡Yo el capitán Drummond, señorita!

—Soy norteamericana — siguió diciéndole la joven, expresando en sus palabras el gran dolor qu la afligía—. Hace unas semanas llegó a Inglaterra con mi tío, Juan Travers.

—¿Travers?... ¿el banquero de Wall Street? — preguntó el capitán.

—El mismo, sí, señor—siguió diciendo Florencia—. Mi tío, falso de prudencia, hizo amistad con gentes sospechosas. Una noche salió con ellas, y perdió el conocimiento. El médico de esos sujetos diagnosticó un estado nervioso y se lo llevó a un extraño sanatorio, distante de aquí seis kilómetros. Yo he alquilado un “chalet” contiguo a esa clínica... que no es una clínica... Además del médico, hay en la banda un tal señor Peterson y la hermana de este señor, que no es su hermana...

Polito al oír aquella narración se volvió hacia Daniel y le dijo:

—¿Has oído?... Una clínica que no es una clínica... Una hermana, que tampoco es una hermana... ¡Esto parece una charada!

Florencia, entre tanto, siguió diciéndole a Drummond:

—No me dejan ver a mi tío. Ya sabe usted la rigidez que hay en Inglaterra para esto de

las clínicas. Pero por dos veces le oí gritar, como si le torturasen...

Aquella narración parecía tan fantástica que Drummond, dudando de que fuera verdad, se quedó mirando a la joven, hasta que ésta comprendiendo lo que pensaba, le dijo:

—Veo que no me cre usted.

Mas en aquel instante Florencia vió dos bullos que se deslizaban por el balcón y dió un grito, creyendo que eran sus perseguidores. Drummond corrió a abrir el balcón y se encontró con que eran Polito y Daniel.

—¡Animo, querido!—le dijo Polito.— ¡Nosotros estamos contigo!

Drummond se volvió hacia Florencia, pero con gran asombro suyo vió que ésta ya no estaba en la habitación, puesto que segura de que serían sus perseguidores la muchacha había huído de allí.

—¡Por tu culpa, Polito se ha marchado!— exclamó indignado Drummond.— Merecías que te estrangulase.

—¡Parece mentira que seas tan ciego!—exclamó Polito, dándose las de hombre de mundo.— ¿No has comprendido el juego? Ella te atrae al "chalet"... se presenta el marido... y eres cogido "in fraganti"!

Antes de que Drummond pudiera contestar a su amigo, apareció en la puerta un misterioso personaje, cubierto por una gran capa negra,



—¡Yo soy el capitán Drummond, señorita!

que acercándose a donde estaban los tres hombres preguntó:

—¿El capitán Drummond?

—¡Yo soy el capitán Drummond!—exclamó éste.— ¿Usted será sin duda el famoso doctor?

Este hizo un signo afirmativo y desafiando con la mirada al capitán, le dijo:

—¡He oido todo lo que han hablado ustedes!

—Pues todavía le falta conocer el final—exclamó Drummond sosteniendo la mirada ame-

nazadora del doctor, como dándole a entender que no le arredraba.

—Me parece—terminó diciendo el doctor—que cuando nos volvamos a ver nos conocemos mejor.

—Así me parece a mí también — replicó Drummond, dejándole marchar.

Luego se volvió a su amigo y le dijo:

—Vas a hacerme el favor de volverte a Londres, Polito... Yo voy a esa clínica... y lo pasará mejor, sin tu ayuda.

Polito, ante la trminante resolución de su amigo, no opuso ninguna resistencia y, acompañado de Daniel, abandonó la posada, mientras que Drummond recogía sus cosas y se disponía a ir a la clínica.

TERCERA PARTE

Los enemigos de Florencia no la perdían de vista ni un segundo. Sabían que aquella mujer era el único obstáculo para el logro de sus infames ambiciones y temían que pudiera encontrar alguna persona que tomase parte en

aquel misterioso asunto. Por lo mismo apenas la vieron salir de la posada, de un coche que había parado en la puerta salió un hombre y cogiendo fuertemente a la muchacha, la obligó a entrar en el auto, donde había otra mujer.

Eran estos dos sujetos Carlos Peterson y su amiguita Irma Loy, jefes de la banda de estafadores que tenían su cuartel general en el sanatorio del doctor Lokington.

Realizado aquel secuestro emprendieron la marcha a la clínica y una vez en ella Irma fué la encargada de decirle:

—Desde ahora, no verá usted a nadie... hasta que hayamos terminado con su tío.

—¡Entonces confiesan ustedes — exclamó Florencia Beton— que es su prisionero y no su enfermo!

—De eso no tiene usted que ocuparse—respondió Peterson.

—Sí—siguió diciendo la joven americana—, ahora veo claro su juego. ¡Ustedes no son más que unos vulgares estafadores!

—No tan vulgares—respondió burlonamente Irma—. Su tío tendrá que pagarnos bien, si quiere volver a respirar el aire de la calle. A su tío no le conviene verse mezclado en ciertos asuntos, que pueden promover un escándalo.. y nuestro silencio cuesta caro, señorita.

—¡Y si ese Drummond—exclamó amnázador Peterson—se atreve a venir aquí, no saldrá con vida!

Como si Drummond hubiera oido su nombre en aquel instante sonó el timbre de la puerta y Peterson salió a abrir, pero no sin antes guardarse una pistola en el bolsillo y decirle a Florencia:

—De su silencio depende la vida de ese hombre.

Abrió la puerta y Drummond, haciendo un alarde de cortesía le preguntó:

—¿Está aquí la señorita Benton, verdad?
—La señorita Benton—respondió secamente Petersson—recibe hoy a sus amigos.

—Bien—exclamó Drummond—. Yo soy un antiguo amigo, también me recibirá.

Sin esperar a que le fuese cedido el paso, Drummond entró decidido al interior de la clínica, hasta llegar donde estaba Florencia, a quien dijo:

—Pasaba por aquí y he entrado a preguntarle noticias de su tío...

—Precisamente mi hermano y yo—se apresuró a decir Irma—estamos haciendo lo posible por distraer a Florencia, capitán.

—Puesto que necesita distracción—respondió Drummond intencionadamente, dirigiéndose a Florencia—mañana, si usted quiere la llevaré a usted a las carreras.

Peterson que comprendió que se las tendría que ver con un hombre decidido, optó por darle un consejo y con intención le preguntó:

—¿Le gusta a usted el juego, capitán?

—Sí—respondió éste burlonamente—. Alguna vez que otra suelo jugar, pero siempre a juegos pequeños...

—Siga entonces con los juegos pequeños, capitán. Son los grandes los que pueden ser fatales...

—Es lo mismo que me he dicho yo siempre—respondió, riendo, Drummond—. No te metas en juegos grandes... a menos que estés seguro de ganar...

Mientras ellos hablaban, Travers había podido burlar la vigilancia de los hombres que lo custodiaban y corrió a la verja que daba a la calle para fugarse. Sin embargo, antes de que pudiera salir, sus vigilantes se dieron cuenta de su fuga y corrieron a detenerlo, maltratándolo inhumanamente.

Florencia al oír los gritos de su tío, se levantó de su asiento y corrió exclamando desesperada:

—¡Es mi tío!
Todos los demás siguieron a la muchacha y cuando estuvieron en la puerta, Drummond vió como introducían nuevamente a Travers al interior de la clínica.

—¿Era ese Travers, al que usted maltra-

taba? — preguntó Drummond dirigiéndose al doctor.

—Este sonrió cinicamente y respondió:

—¿Maltratar? ¡Qué palabra!... ¿No sabe usted que los sanatorios tienen una disciplina.

Peterson que había adivinado que Drummond estaba decidido a llevarse la joven, le acercó a la espalda el cañón de su revólver y el capitán, sin hacer el menor gesto, subió al automóvil que tenía allí mismo, mientras Peterson le decía burlonamente:

—¿Se marcha usted tan pronto, capitán?

—Creo que es lo mejor—respondió Drummond—. Hay que acatar la disciplina de los sanatorios, ya lo sabe usted...

Drummond puso en marcha su motor y se alejó de aquél lugar. Pero apenas había andado medio kilómetro, abandonó nuevamente el coche y se acercó otra vez al sanatorio. Se encaramó en un árbol y de allí saltó a una ventana, de ésta a otra, hasta que llegó a la estancia en que estaba Irma diciéndole a Florencia:

—¡Si intenta usted volver a ver a Drummond, correrá usted la suerte de su tío!

—No tengo ya esperanzas de volver a ver a Drummond... ni a nadie—respondió tristemente la joven. Mas en aquel momento apareció Drummond y Florencia no pudo contener



Más en aquel momento apareció el capitán...

un grito de alegría que la hizo exclamar:

—¡Drummond!

—El mismo—respondió, riendo, el capitán—. Había olvidado decirla, señorita Benton, que mi tía de Londres la espera esta noche y vengo por usted.

—¡La señorita Benton no puede salir!—exclamó Irma.

Y ante el temor de que el capitán pudiera huir con la joven Florencia, se acercó a una

de las ventanas y silbó para llamar a sus compañeros.

Inmediatamente se abrió aquélla y aparecieron dos hombres. Eran Polito y Daniel, que llegaban en el momento más oportuno. El joven quiso excusar su presencia y exclamó:

—He oído silbar, y como adoro los silbidos, me he presentado.

—Has llegado a tiempo, Polito—exclamó el capitán—. Vámonos.

Irma salió en busca de sus cómplices y Drummond tirando materialmente de Polito le obligó a seguirlo mientras que el joven le decía:

—Espera, hombre. Quería preguntarle a esa joven el número de su teléfono.

Antes de que pudieran llegar los partidarios de Irma, ya estaban en el auto que había traído Polito, y Drummond, en el estribo, le dijo:

—¡Al fin vas a servir para algo, Polito! Llévala a la posada de Green-Bay y espérame allí.

—¿Y mi tío?—preguntó angustiada la joven.

—Tranquilícese usted — respondió Drummond—. Su tío irá conmigo esta misma noche.

Saltó nuevamente del auto, mientras se dirigía hacia la posada y volvió nuevamente a encaramarse en el árbol para entrar otra vez en la clínica.

CUARTA PARTE

La huída de Florencia y de Drummond trajo al ánimo de los estafadores el temor de caer en poder de la policía y Peterson propuso:

—Lo mejor que podemos hacer es huir a toda velocidad!

—¿Y vamos a dejar aquí a Travers?—preguntó Irma.

—Peterson dice bien—contestó el doctor—. Después de lo que Drummond acaba de ver es demasiado peligroso quedarse aquí.

—Pues yo opino lo contrario—exclamó Irma—. Para mí no es demasiado arriesgado. No le temo a ese Drummond. ¿Acaso vamos a abandonarlo todo, cuando basta una firma de Travers para enriquecernos?

Peterson dudó un poco, pero al fin se dejó convencer por los argumentos de su amiga y le dijo al doctor:

—¿Puede usted traer aquí a Travers y obligarle a firmar?

—En el estado que está, es un poco com-

prometido, pero harémos una experiencia.

Irma no necesitó oír más para ordenar a su fiel criado Marcovik que trajera al enfermo a la Cámara Central y una vez éste allí, la joven le dijo al médico:

—Déjenos usted solos con él. Se asusta demasiado estando usted aquí.

Salió el facultativo y Peterson se acercó a Travers y le dijo:

—Queremos ofrecerle una última ocasión de salvarse.

—¿Todavía más dinero? — exclamó el anciano.

Peterson, sin hacer caso a sus palabras siguió diciéndole:

—Aquí traigo una carta ordenando a sus correspondentes de Londres que me entreguen estos valores. Fírmela y quedará en libertad.

—No, no firmaré — protestó débilmente el anciano—. No cederé mi fortuna a ustedes aunque me maten.

—Entonces—le dijo Irma sonriendo cruelmente—el doctor ensayaría en usted un tratamiento que anularía su memoria para siempre... Ya conoce usted sus experiencias...

—¡Aunque me maten, he dicho que no firmaré!...—protestó otra vez el banquero.

Apareció entonces el doctor y su sola presencia produjo el espanto en el ánimo del anciano, que al ver que el médico se apoderaba

de unas jeringuillas, optó por firmar la carta que le ofrecían. Mas antes de que se pudieran apoderar de ella, Drummond desde la ventana disparó un tiro a la luz y todo quedó en las tinieblas. Con una agilidad pasmosa, saltó al interior de la sala, se apoderó de la carta y de Travers y salió nuevamente a la calle. Montó apresuradamente en su auto y corrió hacia la posada de Geen-Bay, perseguido por los estafadores.

Allí estaba desde hacía rato Polito, acompañando a Florencia que le preguntó:

—Estoy inquieta por el capitán Drummond... ¿Cree usted que logrará lo que ha dicho.

—Yo sí lo creo—respondió Polito—. Cuando Drummond empieza una cosa, no la deja hasta que la termina... Por esa tenacidad suya le llaman "Bulldog".

No había terminado Polito de dar aquella prueba de confianza en Drummond a Florencia, cuando entró el capitán, llevando a Travers. El pobre viejo iba en un estado desplorable, a causa de los criminales experimentos del doctor y Drummond se lo entregó a Daniel y a Polito, diciéndole a aquél:

—Daniel, lleva al señor Travers a esa alcoba y cuida de reanimarle.

Florencia le miraba admirada y Drummond, deseando quedarse solo con la joven le dijo a su amigo:

—Polito, estoy muerto de hambre... ¿Quieres hacerme el favor de traerme algo de comer?

Salió el muchacho y al quedar solos los dos jóvenes, Florencia se acercó al capitán y le dijo:

—No sé cómo agradecerle lo que acaba usted de hacer por mí.

Drummond se la quedó mirando y le contestó sonriendo:

—Muchísimo más quisiera yo hacer por usted.

—Estoy tan contenta que lloraría de alegría — siguió diciendo la joven, dejando que Drummond se apoderase de una de sus manos y la acariciase amorosamente, hasta que finalmente, le dijo:

—Florencia, he venido aquí en busca de aventuras, pero no soñé ni remotamente que iba a encontrarme con una joven como usted.

Ella bajó la cabeza, creyendo adivinar lo que quería decirle, mientras que en el piso de abajo, Polito sostenía también un interesante flirt con la muchacha de la posada.

Pero la entrevista fué interrumpida con la llegada de los estafadores. La muchacha al verlos entrar intentó negarles la entrada diciéndoles:

—No podemos servir nada más, señores.

—Usted hará lo que nosotros digamos—exclamó Peterson.

I Polito desapareció instantáneamente. Subió al cuarto donde estaba su amigo, que al verlo entrar le dijo:

—Tienes una verdadera maestría para presentarte cuando menos falta haces, Polito!

—Perdona, querido—exclamó Polito—; pero he creído necesario prevenirte ¡Tus amigos de la clínica están abajo!...

Drummond corrió a la alcoba de al lado y escondió en ella a Florencia, a la vez que ordenaba a su criado:

—Daniel, esconde en el desván al señor Travers.

Cumplidas sus órdenes, Drummond se quedó esperando la llegada de los estafadores.

Al poco rato apareció Irma y encarándose con Drummond le dijo:

—Un enfermo ha desaparecido del sanatorio y vengo a buscarlo.

—¿Y qué es lo que le hace creer que está aquí?—respondió Drummond.

Irma, sin duda, estaba acostumbrada a no discutir mucho tiempo y exclamó:

—No discutamos. La policía no tolerará, sin duda, que se raptén los enfermos de los sanatorios.

—Supongo que no habrá traído a la policía — respondió Drummond.

—He pensado que ya comprendería usted la

fuerza de mis argumentos, sin necesidad de ello.

Drummond que había visto a todos los cómplices de Irma, sonrió, a la vez que le decía:

—Sí, ya he visto que sus argumentos son convincentes. Y puesto que no tengo más remedio voy a entregarle al enfermo. Aquí la dejo con mi amigo.

Tomó un abrigo y subió al desván, diciendo:
—Voy a llevarle este abrigo al enfermo para que no coja una pulmonía.

Al poco tiempo de haber subido al desván apareció Daniel y le dijo a Polito:

—El señor Drummond me encarga que haga el favor de subir la botella de "whisky".

Irma aprovechó el momento de quedarse sola para salir y decirle a su criado:

—Trata de entrar por la ventana de la alcoba.. la muchacha está allí.

No le fué nada difícil al criado apoderarse de la joven, puesto que los únicos amigos que tenía en aquella casa estaban llevando a efecto otra operación bastante importante.

Drummond se había puesto la ropa de Travers y cubierto por el abrigo, nadie podía reconocerlo. A su vez Polito había cambiado su ropa por la de Drummond y de esta forma no les fué difícil hacer creer que al que se llevaban era en efecto a Travers. Antes de separarse Drummond le dijo a su amigo:

—Vosotros llevad al señor a Londres y vendré luego en mi auxilio con la policía. Yo voy a ir a la clínica a ver si puedo coger a esos estafadores con las manos en la masa.

—¿Y si no llegamos a tiempo?—preguntó Polito.

—Entonces le tocará el turno a mi revólver —respondió Drummond.

Minutos después, los estafadores, en la creencia de que se habían apoderado de Travers llegaron al sanatorio y Peterson exclamó:

—¡Daría cualquier cosa por echarle el guante a ese Drummond.

—Pues aquí me tiene — respondió Drummond, llevando la mano al bolsillo donde tenía el revólver y viendo con la natural sorpresa que aquél se le había caído.

—¿No le he dicho a usted que se alejase de aquí?—exclamó Peterson—. Traiga las ligaduras, doctor.

Drummond intentó huir, pero el revólver de Peterson lo detuvo. Al poco rato apareció el médico con las ligaduras y Peterson entregándole el revólver a su amiga le dijo:

—Toma y no dispare hasta que yo te lo diga.

Una vez que quedó sólidamente atado, Peterson volvió a decirle:

—¿Dónde está Travers?

—No pienso decirlo nunca—respondió el capitán.

—Macovik trae a la muchacha—exclamó el doctor—. Ya verá usted como así habla.

Drummond al ver que se trataba de Florencia, exclamó:

—¡Si tocan ustedes a esa joven, tendrán que habérselas conmigo!

Pero el doctor ya había comenzado a maniobrar y la joven lanzó un grito al verse en manos de aquel hombre. Antes que permitir que le sucediese nada a Florencia, Drummond exclamó:

—¡Todo lo diré!

Salió el doctor del laboratorio a donde había llevado a la joven y exclamó riendo:

—No creí que hablará tan pronto, pero, en fin, más vale así.

—He dejado a Travers en el desván de la posada—declaró Drummond, pensando que ya se lo habrían llevado a Londres.

—Si no está allí—exclamó Peterson disponiéndose a salir—le prevengo que le costará la vida. Mientras tanto lo dejamos en las manos expertas del doctor.

Este sonrió como confirmando el elogio que le hacia Peterson y sacó a la muchacha a la mesa que había en la sala, la colocó allí y se alejó hacia el laboratorio diciéndole:

—Ahora que estamos solos, voy a dormirla



Le hizo perder el conocimiento...

para un buen rato. Podría despertar y ser un testigo molesto.

Entró en el laboratorio y Florencia abrió los ojos. De una rápida mirada se hizo cargo de todo y antes de que el doctor pudiera salir desató a Drummond. Este esperó la vuelta del médico y cuando entró en la sala se arrojó sobre él como una fiera. Lo arrojó al suelo y cogiéndolo por el cuello empezó a darle con la cabeza en el suelo hasta que Florencia le gritó:

—¡Por Dios, Drummond, le va usted a matar!!

—No tema—respondió el capitán, cuando se convenció de que había perdido el conocimiento para un buen rato—. Estoy solamente dándole una buena lección.

El timbre del teléfono sonó en aquel instante y Drummond se puso al habla diciéndole a Florencia:

—Estoy seguro de que será Polito, siempre aparece en los momentos más críticos.

En efecto era el joven que le daba cuenta de haber conducido a Londres a Travers y que le preguntaba:

—¿Ha entrado ya en acción tu revólver, querido?

—No y ven en seguida con la policía... No podemos seguir hablando, Polito. Peterson entra en este momento y me está apuntando con su revólver...

Así era en verdad, Peterson e Irma habían vuelto en aquel instante de la posada y el bandido sin dejar de tenerlo encañonado, le dijo:

—Si hace usted un movimiento, disparo.

—Pues me guardaré de hacerlo—respondió sonriendo Drummond.

—No hemos encontrado a Travers y voy a cumplir mi promesa, matándolo a usted—siguió diciendo Peterson.



El timbre del teléfono sonó en aquel instante.

—Es una promesa de la que le relevo de muy buena gana—exclamó Drummond sin perder la serenidad.

Peterson se volvió a Irma y le dijo:

—Espérame abajo, yo acabaré de ajustar las cuentas a este señor entrometido.

Salió Irma y Peterson se dirigió hacia Drummond que retrocedió inconscientemente. Por fortuna sin darse cuenta tocó un resorte eléctrico y la puerta quedó herméticamente cerrada. Peterson que sabía de lo que se trataba

corrió para impedir que se cerrase y Drummond aprovechó aquel instante para saltar sobre el bandido y apropiarse del revólver, diciéndole:

—Ahora podemos esperar tranquilamente que llegue la policía.

—Me ha vencido usted — respondió Peterson—. Pero no quisiera ver a Irma entre rejas. Déjeme telefonearle para que ella se salve.

—Sí, Drummond — suplicó Florencia—. ¿Quién sabe si es que estaba enamorada de él?

—Puede hacerlo—accedió Drummond.

—Oye, Irma. Estoy en poder de Drummond, pero él te deja escapar... Prepara la "pantomima"... Adiós.

—¡Pronto! ¡Vístanse de policías—exclamó Irma a sus hombres, cuando dejó de hablar con Peterson.

Aquellos en un minuto quedaron convertidos en agentes de la autoridad y poco después se presentaban en la sala donde estaban Drummond y Florencia en compañía de Peterson. Se hicieron cargo de éste y lo condujeron maniatado, como si se lo llevaran a la cárcel.

Salieron todos y Drummond acercándose a Florencia, le dijo:

—Ya ha pasado todo el peligro. Mientras esperamos a Polito, podemos reanudar nuestra

dejo en la otra página
interrumpida conversación de la posada, ¿verdad?

Pero no pudieron porque Polito dando fe de su inoportunidad se presentó con una hoja de papel que había encontrado clavada en la puerta de la clínica y que decía:

“Los policías forman parte de nuestra banda. Esa era la “pantomima”.

Peterson.”

—¡Pronto!—exclamó Drummond—. ¡Averigua qué camino han tomado!

—No — exclamó Florencia, deteniendo a Drummond—. Déjelos escapar. Yo creo que ella le ama. A veces las mujeres hacemos todo lo que quieren los hombres.

—¿Usted también lo haría, Florencia?—le preguntó significativamente Drummond.

La joven sonrió ante la pregunta y reclinando su cabecita en el hombro de Drummond, respondió mimosamente:

—Sí, Hugo, yo haría todo lo que usted quisiera porque... te amo...

Drummond había terminado su aventura de la forma más inesperada, y el Club de Londres había perdido uno de sus socios, puesto que ya Hugo Drummond no renunciaría nunca a la felicidad que le ofrecía el amor de Florencia Benton... bella... alegre... y sonriente...

FIN

Coleccione usted las célebres ■■■
Ediciones BIBLIOTECA FILMS

(Título de la supremacia)

El General Crack

John Barrymor

El Rey Vagabundo

Jeannete Mac Donald

Un Hombre de Suerte

Roberto Rey

Cascarrabias

Ernesto Vilches

Noches de New-York

Norma Talmadge

La Voluntad del Muerto

Antonio Moreno

96 páginas de texto selecto

— Portada a todo color —

Precio del tomo **UNA peseta**

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previa
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis.

SELECCION DE BIBLIOTECA FILMS

Acaba de publicar los grandes éxitos de la temporada.

- No, no, Nanette* Bernice Claire
Amor Solfeando Imperio Argentina
Noche de Príncipes Gina Manés
Sally Marilyn Miller
Broadway Merna Kennedy
El Signo del Zorro D. Fairbanks
(4.^a Edición)
Bodas Sangrientas María Jacobini
(2.^a Edición)

Precio: 50 Céntimos

Pedidos a
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco céntimos para el certificado.